

Gerby (o Madame du Châtelet estaba equivocada)

JAIME E. OLLÉ GOIG

El doctor Jaime Ollé recuerda la historia de Gerby, al que conoció en Haití siendo un niño. Lo describe con ocho o diez años y con cara de enfado, rebelde y peleón. Vivía en la calle después de la muerte de su abuela y carecía de lo más elemental. Las difíciles condiciones de su vida le sirven al autor para reflexionar acerca de la desigualdad y sobre las palabras de Madame du Châtelet en su obra 'Discurso sobre la felicidad'.

Vivíamos, Tere y yo, en Deschapelles, un área rural en el centro de Haití, cerca del hospital Albert Schweitzer, donde ella y yo trabajábamos. Siempre teníamos alrededor de casa niños de visita que jugaban con Nico, o a los que dábamos de comer. Pero Gerby era diferente a todos. De unos ocho o diez años, siempre con cara de enfado, y de pocas palabras. Podías ofrecerle lo que fuera que él no daba las gracias nunca: lo tomaba como algo que le era debido, y tú eras el culpable por no habérselo dado antes. Rebelde y peleón, le era igual a quien se enfrentaba: que fuera más grande, más fuerte, o más pequeño, ¡él devolvía los golpes o los insultos siempre! Yo intentaba hacerle ver que antes de atacar al contrincante era prudente tomar sus medidas y evaluar las fuerzas del enemigo. ¡Imposible! La vida le había enseñado que para sobrevivir no podía dejar que nadie lo dominara o que se le montara encima. Su filosofía era muy simple: golpe por

“ Su filosofía era muy simple: golpe por golpe, que sepan quién soy y luego ya veremos

golpe, que sepan quién soy, y luego ya veremos qué ocurre. Había llegado –no sé cómo ni por qué– a Deschapelles con su abuela, pero un día encontró la casa cerrada y que la abuela había desaparecido; no tenía otro familiar y nunca había ido a la escuela. La única persona a la que obedecía (un poco) era a Tere, que lo trataba con mucho afecto y sin imponerle nada.

La siguiente anécdota nos permitirá percibir la personalidad batalladora,

impulsiva y sin temor a nada de Gerby. En uno de nuestros viajes a Barcelona trajimos una pelota nueva de fútbol. Los niños jugaban con una hecha con cuatro trapos amarrados con un cordel, y es fácil imaginar la alegría que tuvieron al ver nuestro obsequio. Sin embargo, los chicos mayores no podían admitir seguir jugando con un esférico viejo, sabiendo que los pequeños tenían uno nuevo, de cuero, y reglamentario. Un día se lo cogieron, y a pesar de las muy lógicas protestas se lo quedaron. Un domingo, durante un partido del campeonato local, Gerby se plantó en el límite del terreno de juego y cuando, en una de las jugadas, la pelota pasó cerca de él, la agarró y echó a correr. Es fácil imaginar el terremoto que se desencadenó: ¡veintidós jugadores acalorados, y que en pleno partido se quedaron sin la pelota! ¿A dónde se refugió Gerby perseguido por los dos equipos de jugadores vociferando ¡A muerte, a muerte!? Entró en casa y se escondió debajo de nuestra cama. Al oír el griterío, abrí la puerta y me enfrenté a la turba enfurecida compuesta por una pandilla de jóvenes atléticos, sudados y encolerizados, que exigían lo que pensaban que les pertenecía, además de

la cabeza del ladrón. Yo, en medio de aquel alboroto iba pensando: ¡Y todo esto por haber llevado una pelota!

Durante el tiempo que duró nuestra relación, la única vez que lo vi contento y satisfecho fue cuando le dieron trabajo en el hospital, transportado piedras para una nueva construcción que se estaba llevando a cabo en el patio de la entrada. Llegaba a casa sudado y cansado pero siempre sonriendo y de buen humor, y, a mí, su comportamiento me hacía pensar mucho.

En el año 1822, el mismo año en que nacía Mendel, y doce años después de Darwin, vio la luz el científico inglés Francis Galton, que en el año 1883 publicó una obra muy provocadora (*Inquiries into human faculty and its development*), origen de la famosa frase *Nature versus nurture*, es decir: ¿somos el resultado de lo que hemos heredado o fruto del medio en el que hemos nacido y nos desarrollamos? ¿Se nace o se hace? La respuesta a esta pregunta tiene unas implicaciones trascendentales entre nosotros, y sociólogos y psicólogos han gastado mucha tinta discutiendo sobre este tema.

Recuerdo que un día en la plaza principal de Bogotá me encontré, en pocos segundos, rodeado por un grupo de niños de poca edad que me pedían dinero, en un tono cada vez más amenazador. Pude percibir que eran consumidores de "cola", que aspiraban, y, que con el tiempo les iba eliminando neuronas y destrozaba el cerebro. Se iban volviendo más y más agresivos por momentos, y ¿qué podía hacer yo? ¿liarme a golpes con unos críos?, ¿abrirme paso entre ellos y emprender la huida? Por fortuna aparecieron unos uniformados y la banda se disolvió en unos segundos.

Unos días después expliqué lo sucedido durante un almuerzo al que fui invitado en una finca en las afueras de la ciudad: criados de librea, registros metódicos a todos los invitados al entrar, y manjares y bebidas en cantidad servidos en el jardín. Todos los comensales eran personas notables de la sociedad colombiana, con un buen número de políticos (ministros, diputados, antiguos presidentes, etc.). No eran pocos los que me explicaban que tenían familiares asesinados, desaparecidos o raptados. Cuando acabaron de escuchar mi relato, uno de ellos exclamó de la forma más natural ¡Ah, esos son los *desechables*! Yo quedé sorprendido por el



RETRATO DE FAMILIA DEL AUTOR CON TERE, SU HIJO NICO Y GERBY EN HAITÍ, 1992

adjetivo utilizado tan categóricamente, y no dije nada, pero en el camino de vuelta en un lujoso automóvil con chófer y escolta, iba pensando: ¿Qué o quién los ha hecho *desechables*? ¿Ya nacieron siendo un producto de *desecho*, de una malformación congénita? ¿Pura basura irrecuperable? ¿O quizás hemos contribuido a la creación de esta basura humana? ¿De estas mentes maltrechas? Podríamos escribir muchas páginas sobre este tema pero dudo que cualquiera de nosotros, sin familia ni amigos, sin educación ni oficio, sin un plato en la mesa de forma regular, y sin un techo que nos protegiera del sol y de la lluvia llegara a convertirse en algo más que un producto completamente *desechable*, en el mejor de los casos.

Antes de marchar de Haití, intentamos buscarle albergue a Gerby en varios orfanatos, pero fue imposible:



GERBY Y PASCAL EN 2018, LA ÚLTIMA NOTICIA DE GERBY

por una razón u otra lo expulsaban de todos. Poco más tarde, cuando vivíamos en la República Dominicana, Tere fue a sacarlo de prisión un par de veces, lo que constituía un espectáculo insólito: ¡una mujer blanca, sola, yendo a discutir y pelear con los guardianes de un penitenciario haitiano para sacar a un joven local encerrado por pequeños delitos (y por falta de un poco de dinero)!

Durante años lo olvidamos pero yo, de vez en cuando, entreveía su foto, caminando junto con Nico (¿por qué no tendré una goma de borrar?), y pensaba: ¡los dos andabais juntos pero que destinos más diferentes!

Hasta que un día... Pascal había sido otro de nuestros protegidos. Cuidaba semanalmente nuestro pequeño jardín (una excusa para pagarle un pequeño sueldo) y yo lo había ayudado, años más tarde,

a montar un cibercafé al borde de la carretera. El negocio le fue bien hasta que pocos años más tarde un huracán se llevó la tienda por delante. Como también era padre de ocho hijos, él me pedía ayuda y nos comunicábamos a menudo. Un día le conminé por escrito: ¡Pascal, encuéntrame a Gerby! La respuesta no tardó. Lo había localizado: vivía solo y no tenía trabajo. Su vivienda no era más que cuatro maderos y una hoja de latón arrinconados detrás del cementerio de San Marc, una población cercana. Me envió una foto y este texto: *Li di se grangou kap fini avek li epi lapli ap tonbe li pa gen kay pou li pare lapli l'ap mouye nan lapli* (Dice que tiene mucha hambre que lo acabará matando, que no tiene casa y se moja cuando llueve). En una visita que efectué hace poco llamé a todas las puertas, hablé con todos los conocidos para buscarle una ocupación, y me ofrecí a pagar su sueldo: no obtuve respuesta de nadie. Hubo unanimidad y mi petición fue ignorada por todos. No valía la pena: todos lo consideraban un *desechable*.

¿Las cartas del juego ya están repartidas (muy mal) en el momento de nacer? ¿Ya no podremos alterar el desarrollo de la partida? Siempre pienso en lo que escribió Madame du Châtelet, hace más de doscientos años, física y matemática, gran amiga de Voltaire, y, a todas luces, muy avanzada para su tiempo, en su *Discurso sobre la felicidad*. ¡Pensaba que no se podía haber nacido para tener una vida desgraciada! Habría que preguntarle a Gerby si está de acuerdo... ▀